

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.— Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem y una lámina de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

CLUBS Y RAOUTS EN INGLATERRA.

Es una cosa muy curiosa lo que ocurre en Inglaterra con los clubs. En Inglaterra no sucede como en los clubs y en los casinos de Fran-

hacer su partida, pasa á la mesa del cajero, y compra una caja de tantos ó fichas: el que gana no pide nada al que pierde; nunca tiene el embarazo de reclamar una deuda de honor: pasa á la caja y ajusta su cuenta con el tenedor de fichas; lo que evita toda queja y todo motivo de disputa entre los jugadores.

Se cuenta de uno de estos jóvenes, de origen popular, que se hacen los adúladores y parásitos de los grandes para tratar de hacer al lado de ellos su camino, y ser introducidos en las sociedades, que se le ocurrió un día el querer ser admitido en uno de sus clubs. Convidó á una docena de miembros sus amigos á una gran comida de cinco guineas por cabeza (quinientos veinte y cinco reales): despues los llevó cuando ya estaban medio achispados al club, y les rogó que hiciesen por admitirle. Prestáronse á ello con la mejor voluntad del mundo; pero al verificar el escrutinio, encontraron once

¿Quién es aquel caballero que saluda? No lo conozco.—Es uno de mis amigos de *Almack*. Decir, *nos encontramos en Almack*, equivale á enseñarse sus armas, sus blasones. Muchas matronas de la mas alta aristocracia son las encargadas de distribuir estos billetes. Pero no se crea por eso que hay que pagarlos, no; cuestan media guinea, pero muchísimas gentes aunque ofreciesen ciento no lo conseguirían.

En el continente hay costumbre de invitar á las funciones ó *soirées* que se dan á tantas personas cuantas caben en las habitaciones de que se puede disponer. No sucede lo mismo en Inglaterra: el número de personas que reciben esquelas de convite muchas veces sube á millares, y se tiene el placer de decir:—La señora de tal ha dado una *soirée* magnífica; ninguno de mis amigos ha podido entrar; me he tenido que quedar apiñado en la escalera, de modo que me ahogaban; fué una cosa deliciosa. Esto se llama un *raout*.



Un club inglés.

cia y de España, donde con la simple presentación de uno de sus socios es uno facilísimamente admitido en él. Así sucede también en algunos de Inglaterra; pero hay otros donde cuesta poco menos que un triunfo, y poner, como dice el antiguo adagio español, una pica en Flandes, el poder ser admitidos en él.

Vamos á dar á nuestros lectores idea de algunos de estos clubs.

Se necesitan muchas formalidades en Inglaterra para hacer parte de ciertos clubs, habiendo uno donde para entrar hay que hacerse inscribir á lo menos con diez años de anticipación. Los padres un poco previsores, llenan ordinariamente esta formalidad por sus hijos el mismo día en que los envían á la universidad.

En el club de los viajeros (*Travelers-club*), que mejor se debería llamar el club de los jugadores, se ha perfeccionado la constitución del juego de la manera siguiente. Aquel que quiere

bolas negras y una sola blanca. El bueno del anfitrión no había hecho que dispensasen nada de su etiqueta los honorables barones.

Existe un club de gentes instruidas y muy respetables, que deben probar al entrar que han hecho una tontería capital en su vida. Hácese una seria averiguación sobre esto; y si el informe es favorable, es admitido el miembro; si no, no. Tienen por lema y divisa, que una vida sin una calaverada sería una monstruosidad.

Almack es la sociedad de los elegantes de primer orden. Nadie se dice elegante, ni de tono, si no ha frecuentado los bailes de *Almack*. Hay gentes que cometen hasta bajezas por adquirir un billete de *Almack*. Se conserva en las familias como un escudo de armas, se enseña á todo el mundo, se adornan con él, y sirve como de un título de nobleza.

Sin un billete de *Almack* no puede ser uno mas que una mitad ó un cuarto de grande.—

Habiendo visitado á un miembro de la Sociedad Real de Inglaterra, me dijo que á la mañana siguiente en su casa habría un *raout* de cuatrocientos cincuenta sabios, y que me rogaba me sirviese asistir á él: empero habiendo calculado el número de pulgadas cuadradas de su cuarto, y esperando no tener ni una pulgada para mi individualidad, sabiendo además que no hay cosa mas aburrida ni que menos distraiga que un revoltorio de latinistas y aljebistas, le di sinceramente las gracias por el honor que tenía la bondad de dispensarme.

Generalmente se forma una idea equivocada é inesacta de una reunión de sabios. Las hay sin embargo, en que todas las especialidades científicas son estrañas entre sí, y los sabios son todos intolerantes. Fuera de las matemáticas no hay salvación, dice un calculador. ¿Qué hacer de un sabio? dice el poeta. Los números matan el genio, deseneantan la existencia de

uno. Habladle de pétalos, de pistilos, de corolas, al entomologista, y os responderá con elitos, antenas, mandíbulas. Veis ese geólogo discutiendo con un astrónomo, y tratando de convencerse mutuamente, el uno de que conoce el interior del globo, donde se forman los granitos, los anfiboles, los gneiss, y los muschelkalks: el otro que se ha sumergido en las nieblas para sorprender la cristalización de la materia luminosa y la formación de las estrellas fijas. Aquí el médico con sus ascitis, sus phebitis, sus gastritis y sus peritonitis, derrota al físico con sus endosmoses, y al químico con sus átomos. Nada, podemos asegurarlo á nuestros lectores, es mas completamente ridículo que un congreso de sabios; una de esas reuniones que tan frecuentemente se dan en Inglaterra, y que tan ponderadas leemos en los periódicos. Cualquiera al verlo diría que era una reunión de maniáticos encerrados en sus jaulas, y hablándose todo un día sin escucharse ni entenderse, y esto es lo que el vulgo quiere, y lo quiere tanto porque no lo comprende. Otras veces estas reuniones se tienen en deliciosos jardines, y aunque asisten algunos literatos, concluyen por fastidiarse, y dormirse la mayor parte de ellos al fresco.

En cambio de esto las sociedades de la clase media inglesa son estremadamente silenciosas. Hay allí la costumbre de hablar en voz baja, y tambien se lee ordinariamente cualquier cosa instructiva ó religiosa, lo que ha hecho decir á los ingleses que han viajado y han sido testigos de la volubilidad, de la alegría, de la espansion y del movimiento que reina en las tertulias españolas y francesas, que en su sociedad el hablar echaba á perder la conversacion.

J. M. GAVIRIA.

DOS AMIGOS.

(Conclusion).

III.

Era el 19 de marzo de 1798, cerca de diez años despues de aquel singular combate en que Blondel, alias Francœur, habia creído vengar su honor al señalar de un sablazo un costuron en la cara de su mejor amigo. Muchos acontecimientos se habian sucedido durante este periodo. En esta fecha acampaba un pequeño cuerpo de ejército al pie de las murallas de Gradiska, pueblecillo fortificado sobre el Isonzo, y del que el general Bonaparte habia creído deber posesionarse para dominar la provincia de Goritz y el camino de Carintia.

Mientras que el general Serrurier ocupaba con su division las alturas que dominan á Gradiska, otra division habia tomado el fuerte, y tres mil granaderos, la flor del ejército del principe Carlos, acababan de rendirse entregando ocho banderas y doce cañones. Estas victorias no se habian conseguido sin pérdidas considerables de parte de los vencedores, que fueron valientemente recibidos con un nutrido fuego de fusileria y disparos de metralla. Un teniente á la cabeza de un puñado de valientes, se habia apoderado de una bateria colocada delante de la puerta de la plaza, y que la defendia de la artilleria de los sitiadores. La mitad de su gente costó al teniente el apoderarse de esta posicion valientemente defendida, y continuó ocupándola á pesar de hallarse cubierto de heridas.

Continuaba paseándose el bravo teniente en la posicion que habia conquistado, sin esperar llamar la atencion del general, que iba entonces á revistar su division. Por fortuna el general tenia excelente memoria; sabia que su antiguo camarada formaba parte del destacamento, é informado de las razones de su ausencia y del heroismo de Blondel, metió espuelas á su caballo, llegó al reducto y desmontándose, vino á felicitar al valiente teniente Blondel.

—Espero, camarada, dijo el general, que esta accion tenga por consecuencia el disminuir la distancia que nos separa, y que llegará el día

en que sin faltar á la disciplina, podamos aun cambiar algunos sablazos si fuera necesario.

Miró el teniente con sentimiento una cicatriz que le cogia al general desde la sien derecha hasta cerca de la barba, y le apretó la mano para darle gracias, pero sin esperar la realizacion de los deseos del general.

Una hora despues los franceses habian ocupado la plaza, y pasados algunos dias marchaban á recoger nuevos laureles.

IV.

En 1835 un jóven, á quien llamaremos Augusto, buscaba un cuartito de alquiler en uno de los barrios mas sombríos de la Cité en París. Por modesto que sea el papel de este personaje en nuestra historia, por indiferente que sea el motivo que le conduce á mezclarse en ella, hablaremos de él, ya que la suerte le ha colocado ante uno de nuestros héroes, que á su intervencion debió mas tarde su último asilo y su último pedazo de pan.

Cierto es que la Cité sirve de receptáculo á muchos ladrones, que es la patria de los saltimbanquis y la tumba de las viejas prostitutas, como nos lo dicen con tanta gracia muchas obras á la moda; pero tambien es cierto que en este barrio abandonado del mundo elegante, encuentran un asilo muchos honradotrabajadores, mas barato que en los otros barrios favorecidos de París. Nuestro jóven, aburrido de haber corrido en vano mil calles y callejuelas, parecia pronto á dejar sus investigaciones, cuando hácia el centro de la callejuela del Molino Alto, que pone en comunicacion el muelle de las Flores con la calle de San Landry, vió un modesto cartelillo.

Aun en el día ocupan esta calle en su mayor parte tiendas de vidrios y traperos, y sobre todo sirve de cuartel general á un sin número de agentes de policia y de municipales, que viven allí casi de valde, y en las cercanías de la Prefectura de policia.

Augusto, que solo buscaba un cuartito donde acomodarse, hizo poco caso de tan triste vecindad y entró en la casa. El cartel decia: *Hay de alquiler un cuarto reducido: dárán razon en...* aquí habia un vacío como en casi todos los carteles de este género. Despues de haber buscado en vano á quien hablar en la casa, salió otra vez á la calle para examinar su aspecto. La calle estaba sola y silenciosa; solo se oía de tiempo en tiempo el golpe de un martillo que sonaba en un tenducho, que sobresalía en la calle, formado de biombos. Se asomó Augusto al tenducho y dijo á un anciano que golpeaba una suela vieja tan dura como el corazón de un avaro.

—¿Tendriais la bondad de decirme á quién debe uno dirigirse para alquilar la casa de enfrente?

—Aquí es, caballero, contestó el anciano con suma política; tened la bondad de entrar, por ahí, á la izquierda... cuidado con el cañon de la estufa, y sentaos; y le indicaba un antiquísimo sillón de paja estremadamente limpio.

—¿Cuánto vale el cuarto que tiene vd. para alquilar?

—Es muy barato, caballero, ciento veinte francos; estoy encargado por el casero de cuidar la casa y cobrar los alquileres; no hay portero, pero se os dará vuestro llavín. Esto es mas cómodo para un jóven. Marieta, gritó el anciano, baja y enseña á este caballero la habitacion.

Marieta bajó con prontitud una especie de escala que comunicaba con un cobertizo; y condujo al jóven á ver la habitacion disponible. Le agradó á Augusto, dejó una señal y se despidió de Marieta, ofreciendo venir al día siguiente.

V.

¿Un remedio para un niño enfermo? vamos á casa del tio Blondel... Un altercado entre marido y muger: ven, decia el que se sentia mas débil, ven á que el tio Blondel decida... El tenducho era en cierto modo el tribunal permanente en que todo se decidía, y cuando en nuestros días de jarana un combate entre franceses tenia lugar delante del palacio de Justicia, la puerta del tio Blondel permanecía abierta; vencedores y

vencidos eran igualmente bien asistidos en el tenducho. Marieta como un verdadero cirujano prestaba su asistencia: habia aprendido en dias mas felices en diez campos de batalla.

Todo el que tenia un rato desocupado iba á pasarlo al establecimiento del tio Blondel, seguro de oír referir acontecimientos siempre nuevos, episodios siempre interesantes, de que tenia el tio Blondel amplia provision recogida en su larga y borrascosa carrera. Verdad es que por las noches solia decir el amo de casa:

—Por vida de sanes, que en todo el día he hecho nada. Sin embargo, no ha de echar uno á la calle á los que vienen á verle.

—¡Bah! ¡bah! ¿qué necesidad tenemos de atororar? vivamos poco á poco lo mas que podamos, con eso estoy contenta, solia contestarle Marieta con su imperturbable alegría.

Por desgracia las penas han de venir siempre á acibarar la mas inocente y legitima dicha. Un día, Augusto, que ya se habia casado y dejado su cuarto de soltero, recibió un convite para el entierro de Marieta, que como tantas veces lo habia deseado, una muerte pronta acababa de dejar solo á su anciano compañero. Antes de la triste ceremonia hizo Augusto una visita al tio Blondel, y nada puede espresar la desolacion en que encontró á este anciano militar, solo y abandonado en el mundo.

—Se acabó, decia entre sollozos, se acabó... no podré sobrevivirla... ¡Marieta!... ¡viejecita mia! ¿por qué no la he precedido al sepulcro?

—Vamos, tio Blondel... ¡valor! preciso es luchar contra desgracias tan grandes... ¿no teneis amigos? Yo no soy rico, ni tengo grandes relaciones, pero no os dé cuidado, que si es preciso serviros, ya me encontrareis.

—Gracias, señor Augusto, Dios os envia á mi lado, Dios que quiere darme valor para sobre llevar mi desgracia. Y el tio Blondel inundaba las manos del jóven con sus lágrimas.

Desde entonces iba Augusto amenudo á ver al tio Blondel; su casa se habia vuelto tan triste como alegre habia sido antes. Este excelente jóven consoló cuanto pudo tanto dolor, y ayudó á tapar muchas miserias, porque la vista del pobre tio Blondel se iba perdiendo poco á poco, y pronto le seria imposible el atender con su trabajo á cubrir sus necesidades.

—Qué dichoso seria, dijo un día á su jóven amigo, si pudiera yo obtener una cosa que deseo...

—Esplicáos.

—Una plaza en el Hospicio de Bicetre. Dicen que se está allí muy bien, y una vez admitido en ese establecimiento, ya estaria tranquilo para siempre; pero temo que sea cosa difícil.

—A los ochenta años de edad, y despues de haber recorrido una carrera tan honrada, seria una injusticia y una barbarie el rehusársela. No me hubiera atrevido á aconsejaros eso; pero puesto que lo deseais, voy al instante á dirigirme á uno de los administradores de los hospicios, con quien tengo algunas relaciones de negocios. ¿Con que estais bien resuelto?

—¿Cómo no lo he de estar? dijo con tristeza el anciano, ¿no tendré allí pan para el resto de mis días, que por fortuna ya no pueden ser muy largos?

—Pues bien, os prometo traerlos pronto una buena noticia.

—¡Oh! gracias, mil gracias, salvador mio, dijo limpiándose las lágrimas aquel antiguo militar.

VI.

Estraños caprichos tiene la suerte; hace sesenta y tantos años, Benito Blondel, alias Francœur, sargento del regimiento de Anjou, enganchara en París á un ex-sargento del regimiento Real de Marina, á quien un asunto desagradable habia hecho dejar su regimiento. Hoy, Benito Blondel se juzga dichoso si lo admiten á acabar sus días entre los pobres ancianos del hospicio de Bicetre, mientras que el antiguo sargento del regimiento Real de Marina, ha visto á toda la diplomacia europea asistir á su agonía y recoger con respeto su último suspiro.

Trabajo costó al pobre tio Blondel acostumbrarse á su nueva posicion, aunque habia solicitado su admision como una gracia, y mas de una vez echó de menos su tenducho y sus ami-

gos de la calle del Molino Alto; sin embargo, la costumbre, esa imperiosa razón a la que todos nos sometemos, la costumbre que nos hace frecuentar sitios que otras veces huiríamos, a buscar personas que otras veces nos eran odiosas, hizo olvidar al antiguo oficial su vida de otro tiempo y su pobre y querida independencia.

Por lo demás nada falta en Bicetre al bienestar de los pobres ancianos a quienes abre sus puertas hospitalarias; por la noche descansan en vastos dormitorios de treinta camas cada uno y cuya limpieza es estremada. En invierno están convenientemente abrigadas las salas; durante el calor, espaciosos patios, vastos jardines sistemáticamente plantados de castaños de Indias bien espesos, están a la disposición de los huéspedes del establecimiento.

No viviendo aquellos pobres ancianos sino de recuerdos, se entregan con gusto a la lectura de los periódicos, en los que la relación de los acontecimientos del día contrasta algunas veces de un modo singular con las de otro tiempo, en que mas ó menos han tomado parte. Pero para aquellos infelices los periódicos son muy caros, a pesar de su baratura actual; así es que todos se han cotizado para pagar el abono de un periódico, que les traen por doce céntimos al mes, y solo por la noche después de haber corrido todas las tabernas de los alrededores. No reciben en verdad las noticias muy frescas, pero las reciben y las reciben baratas, que es lo esencial.

Es curioso ver cuán afanosos se reúnen aquellos respetables ancianos en torno del que por turno le tocan las funciones de lector; porque allí ya no hay privilegios ni honores; los ciegos y los que no saben leer son los únicos exceptuados de este trabajo, y aun estos a regañadientes de sus camaradas.

Una noche, el 22 de marzo de 1844, el tío Tremolet, anciano mas que octogenario, desdoblaba lentamente el periódico, se ponía sus anteojos con toda la calma y método posibles, y se disponía a leer en medio de los movimientos de impaciencia de sus camaradas, que murmuraban de su lentitud.

Estaba en un rincón de la sala el tío Blondel llenando su pipa con la mayor indiferencia por las noticias del día, cuando después de varios artículos de los que ni una palabra había oído, se detuvo de pronto, como herido súbitamente por la curiosidad; una sola palabra que la casualidad había llevado a sus oídos bastó para este cambio: «Suecia.»

El tío Blondel se acercó sin hacer ruido al grupo.

Entretanto el lector continuó impasible:

—«Las noticias que recibimos de Estokolmo nos anuncian que el rey de Suecia ha muerto el día 8 a la edad de 84 años, después de un reinado de treinta y seis. Oscar I ha subido al trono.»

Blondel se precipitó hacia el lector como si hubiera querido quitarle el periódico.

—¿Ha muerto Juan? preguntó convulsivamente y con temblorosa voz, ¿muerto antes que yo?

—Sí, el rey de Suecia, a quien tan sin cumplimiento llamais Juan á secas, ha muerto, ¿qué os importa? dejadnos seguir.

—¿Que qué me importa? dijo por lo bajo el tío Blondel. ¡Oh, si supieran!... y apoyó su frente calva sobre sus manos cayendo en profundo abatimiento. En seguida se levantó de pronto, con valor juvenil se puso a recorrer la sala y gesticular como un delirante.

La lectura del periódico continuó:

«La autopsia del cadáver del difunto rey se ha hecho en presencia de los ministros y consejeros de Estado. Han llamado la atención de los facultativos al hacer esta operación, muchas heridas que el difunto rey había recibido en el campo del honor. Una cicatriz que le cogía desde encima de la sien derecha hasta cerca de la boca, ha sido sobre todo examinada con estremada atención por los médicos, que se han admirado de que semejante herida no le hubiera ocasionado la muerte.»

Al oír estas palabras Blondel se animó mas, y acercándose al grupo dijo casi con orgullo:

—Yo he sido el que le he hecho esa herida.

—¡Vos! dijeron a un tiempo sus camaradas, llenos de admiración.

—Sí, yo, Benito Blondel, alias Francœur, que

he enganchado en el muelle de la Ferraille a Juan Bautista Bernadotte hace cerca de cincuenta y ocho años; yo que he dormido con él en el mismo cuarto, y muchas veces en la misma cama; yo su camarada y amigo inseparable, he tenido el honor en Brest de ponerle en la megilla esa marca de mi cariño. Ved, amigos míos, continuó con tristeza, qué inmensidad nos separa en el día. El muere rey en Estokolmo, y yo, yo me voy apagando poco a poco en el Hospicio de ancianos de Bicetre.

Profundo silencio siguió a estas palabras; aquellos infelices ancianos enmudecían ante tan extraordinario contraste. Habiéndose hecho ya tarde guardaron el periódico y los compañeros de sala del tío Blondel subieron al dormitorio repitiendo con tristeza y admiración:

—¡Estokolmo, Bicetre! ¡Pobre tío Blondel!

Esta anécdota que acabamos de referir a nuestros lectores es histórica, y todavía en 1847 se hallaba Benito Blondel en el Hospicio de Bicetre, 4.ª división, sala 40.

LA PUPILA SACRIFICADA (1).

Mi amigo Julio Cheret posee una renta de cuarenta mil francos; es hombre de muy buena pasta, flexible, económico, de mucho juicio, pero holgazán hasta dejárselo de sobra, y original de los pies a la cabeza. El que hubiese de creerlo en todas las aseveraciones que suele hacer con toda la formalidad que le es característica, podría ser inducido a creer que es un famoso botánico, bibliómano y arqueólogo, al paso que se despacha por hombre de tantos negocios que lo tienen abrumado.

El día 4.º de enero de 1833 le hice mi acostumbrada visita de principio de año, se me mostró muy agradecido, y me suplicó que pasara aquella mañana en su compañía. Luego que se nos hubo servido un delicado almuerzo, me invitó a ver su biblioteca, que consistía en un gabinete muy reducido, oscuro, en el cual se veían esparcidos sobre varias mesas algunos libros, antiguallas, fósiles, minerales, conchas y otras cosas por el estilo.

Estando muy distraído con las pesadas explicaciones que me hacía mi amigo del origen y uso de una taza romana, dirigí maquinalmente la vista hacia una ventana que se hallaba en frente del laboratorio del bibliómano y quedé como estático.

—¿Qué tienes? me preguntó Julio extrañado mi turbación.

—¿Qué he de tener? ¿No veis?... Y le señalé el objeto de mi sorpresa y terror.

Mi alteración había sido causada por la vista de una figura, pálida como la muerte, que tenía la cabeza apoyada en la misma ventana, un espectro verdadero que había fijado sobre nosotros sus ojos llenos de ferocidad y desesperación.

—Esa es una loca.

—¿Una loca?

—O mas bien una víctima de la codicia y ambición.

¡Ah, Eduardo! ¡Qué terrible es la historia de esta pobre muchacha! Quiero referirtela, acaso hallarás algún medio de ser útil a esa infeliz. Ese esqueleto vivo que estamos viendo es nada menos que la hija de sir Jorge Osborn, baronet y par de Inglaterra, posee una renta de treinta mil libras esterlinas, y tierras muy fértiles en la Escocia Septentrional. En una palabra, es una de las herederas mas ricas de Inglaterra. Habrá cuatro años que murió su padre y confió la tutela de Clara, tal es su nombre, a un hermano suyo que acababa de arruinarse en París con mal calculadas empresas. Este es un malvado impudente que no sigue mas que los impulsos de su propia ambición, y que no escrupuliza en medio

(1) Habiendo encontrado en uno de los periódicos literarios de Milan del mes de julio del año pasado, el presente artículo con el título de *Historia del siglo presente*, por A. Gallet, nos ha parecido que ofrecía bastante interés para trasladarla a nuestros lectores, sin que por esto se entienda que cargamos con la responsabilidad de los hechos que se citan, aunque parece que se presentan con todos los caracteres de exactitud.

alguno para dar pábulo a su pasión favorita. Clara vivió al principio feliz y tranquila bajo la tutela de este tío inhumano, el cual mientras que tuvo a su disposición riquezas que disipar, no contrarió la voluntad de su sobrina; pero cuando ya quedó reducido el patrimonio de esta desgraciada, a lo meramente vinculado é inenagenable, varió totalmente de conducta, y se apoderó de su alma villana un ardiente é incorregible deseo de apropiarse todos sus bienes. Como ya a este tiempo se iba Clara aproximando a su mayor edad, redobló su tío el empeño de dar pronta ejecución a su infame atentado. Dióse a decir en todas partes que su sobrina Clara estaba loca, y esta falsa voz repetida de boca en boca fué adquiriendo consistencia, y llegó a escitar la compasión universal. Hubo un médico tan vil y degradado que reforzó esta mentira con un certificado, y hubo un tribunal tan precipitado en sus juicios, que sin ulterior exámen dió un decreto favorable al tutor para que se le confiase el cuidado esclusivo del patrimonio y de la persona de su sobrina. En su consecuencia fué la desventurada Clara privada del aire, del aspecto del cielo, de la libertad y de cuanto puede hacer agradable la vida. Con el pretexto de que la demencia pudiese degenerar en frenesí, fué llevada la barba al extremo de amarrar con cuerdas aquellas manos delicadas y de cambiar la vigilancia de su persona en una verdadera prision sin mas alimento que pan y agua. Eduardo, con razón te estremeces, la historia es horrorosa; pero todavía te horrorizarás mas cuando sepas que esta infeliz criatura, tan pálida y descarnada en la actualidad, que parece un espectro, era una de las señoritas mas hermosas de París.

—¿Cómo! ¿miss Clara no está loca? pregunté asustado con aquella relación.

—Tan loca está como tú y yo.

—¿Y quién te ha dado a ti todos estos informes?

—Ella misma. Habrá dos meses que con peligro de su vida se arrojó de aquel balcón, al cual le fueron puestas desde entonces esas rejas que ves; se refugió en mi casa y me contó su historia en tanto que sus verdugos la estaban buscando con ansiedad por todas partes.

—¿Y nada hiciste para salvarla?

—Bien quise hacer algo, amigo Eduardo; pero a decir la verdad, ya ves que me voy haciendo viejo y que me habría visto precisado a dar muchos pasos con abogados y jueces, que siempre me han inspirado una gran antipatía, y que por último me habría costado mucho dinero, por lo cual desistí de tan filantrópicas ideas. Pero tú, Eduardo, joven, emprendedor, lleno de celo y entusiasmo, haz una tentativa a favor de la tal señorita; esta sería por cierto una acción generosa en grado heroico.

En cualquiera otra ocasión me habría hecho reír de buena gana el celo con que este amigo me daba una lección de un deber de cuya observancia se abstenía él por razones de tanta congruencia; mas la relación era tan melancólica y me conmovió de tal modo, que no hice caso de sus egoístas disculpas.

—En verdad, exclamé, que no he de permitir que se diga que en nuestro siglo y en nuestra patria, se haya consumado un delito tan atroz sin que a lo menos se haya dejado oír una voz que lo comprima y que lo vengue.

—Muy bien, Eduardo, gran hombre eres tú; yo también quiero tomar parte en esta acción de justicia y generosidad. Puedo ahora desprenderme de cien pesos sin que me hagan falta alguna; no es gran suma, pero en fin, podrá servir para los primeros pasos, y quiero que la aceptes.

—Gracias, gracias; por ahora no la necesito.

—Pues bien, cuenta con mis buenos consejos, con mi eficaz cooperación.

—Sí, yo recurriré a ti en todo cuanto sea necesario, le contesté apretándole la mano, y nos separamos muy contentos uno y otro de la resolución que acabábamos de tomar.

Volví a ver a mi amigo a los ocho días, cuyo espacio de tiempo lo había empleado en consultar a los abogados mas célebres, en visitar al procurador del rey y al presidente del tribunal superior, de modo que con mi importunidad elocuente a favor de la inocencia atropellada

había logrado llamar la atención pública y escitar interés en los magistrados.

—¿Qué aire de triunfo! me dijo Julio al entrar en su habitación, ¿hemos ganado ya el pleito?

—Creo que sí; todos los magistrados se interesan vivamente por nuestra huérfana. B... se ha encargado de la defensa y antes de quince días se verá la causa, y alcanzaremos la victoria.

—Poco á poco, amigo mío, tú hablas como César, *veni, vidi, vinci*; mas yo que voy caminando para viejo, soy mas prudente que César, y si no lo llevas á mal, diré que lo soy mas que tú, amigo Eduardo. Todavía no las tengo todas conmigo, el enemigo está bien atrincherao, y lo defienden dos baterías de las cuales no ha de ser fácil desalojarlo; tales son la sentencia de un tribunal y el certificado de un médico de mucho crédito.

—Esta última batería la voy á tomar por asalto.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Que estoy resuelto á arrancar del señor P... una completa revocación de su primer aserto: el hombre que es capaz de atestiguar una mentira no puede ser sino un cobarde.

—Así lo creo también, pero debo recomendarle la moderación; un paso precipitado en tan delicado negocio podría echarlo todo á perder.

—No tengas cuidado, yo seré prudente, le contesté, sonriéndome del tono magistral que había asumido; pero lo mas importante es que sepa miss Clara que hay quien se interesa por ella, y que se trabaja por romper sus cadenas.

—No hay cosa mas fácil, Eduardo; todos los días se acerca la pobre á la ventana á las dos de la tarde para respirar un poco de fresco al través de las rejas; ya sabes que mi gabinete está enfrente de su ventana, vé allá; no podrá tardar mucho en aparecerse en el citado sitio.

Fuí con efecto á sentarme donde me había indicado Julio, y á los pocos minutos vi que se movía una sombra hacia la ventana enrejada, y que se paró en una posición meditabunda.

—¡Miss Clara, miss Clara! la dije en voz baja.

Ella levantó la cabeza, me miró, y adelantándose mas hacia la ventana, me contestó:

—¿Qué quiere vd. de mí?

—Soy un amigo de vd.; entréguese vd. á la esperanza de un porvenir mas dichoso. Su libertad es el objeto principal de mis meditaciones.

—¡Esperanza! ¡ah! sí; yo he esperado mucho tiempo, y con la mayor confianza: sí, yo he esperado... la muerte... y aun esta esperanza se ha desvanecido.

—¡Pobrecita! las desgracias la han hecho á vd. desconfiada; pero esta vez no quedarán burlados sus deseos, se lo juro á vd. por mi vida.

La infeliz se sonrió tristemente.

—Y si fuera cierto, me dijo en voz tan baja que con dificultad pude entenderla, que vd. se interesase por mí, ¿qué podría vd. hacer? ¿no soy yo loca? ¿La injusticia de los hombres no ha impreso esta marca en mi frente con caracteres indelebles?

—Se revocará una sentencia tan injusta.

—Ya no es tiempo, señor mío; vd. tiene una fisonomía buena y generosa, pero esta mañana mismo he oído que uno de los verdugos decía á mi tío: «Paciencia, milord, ella no puede vivir mucho.» ¿Cómo si la vida tuviera para mí algun mérito! ¿Cuántas veces no les he suplicado de rodillas y con el mayor fervor que me libertasen de un peso que no tenía la fuerza de soportar! ¡Dadme un veneno! les he dicho á esos bárbaros: clavadme un puñal en el corazón y yo os perdonaré todas las penas que me haceis sufrir. ¡Y qué me han respondido! «Vd. está loca.»

—¡Malvados! Tenga vd. un poco de paciencia, vd. será ampliamente vengada. Créame usted; he ido á interesar los magistrados á su favor; se han enterneado con la relación de sus desgracias, y me han prometido su libertad.

—¡Libertad, libertad! ¡Cuán dulce es esta palabra después de haber vivido cuatro años, ó mas bien cuatro siglos, sepultada entre estas cuatro paredes! ¡Libertad!... esta palabra me pone loca en verdad, mi pobre cabeza se confunde, y no puede sobrellevar la fuerza de esta impresión; pero oigo á mis verdugos, dijo volviéndose asustada; adiós, caballero, sea vd. feliz, y no se olvide de una desvalida.

Ella se retiró al instante. Me dirigí sin mas preámbulos á casa del doctor que había firmado la declaración de la locura de Clara; pregunté al portero, el cual me dirigió al primer piso á la derecha. Me recibió con mucha frialdad y me condujo á su gabinete. Era este un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, condecorado con la cruz de la legión de honor, y sin ofrecerme una silla, me dijo con tono altivo y de superioridad:

—¿Qué se le ofrece á vd., caballero?

—Señor mío, el motivo de mi visita es Clara Osborn.

Este nombre obró un efecto mágico sobre el doctor.

—Muy bien, balbuceó cambiando de color, y vd. deseará adquirir algunos informes acerca de esta señorita. ¿Pues no sabe vd. que está loca rematada, y que su demencia ha sido declarada jurídicamente, y atestiguada por los médicos mas acreditados, y aun por mí mismo?

—Si señor, sé que los magistrados han sido sorprendidos, y que su conciencia de vd.... Estoy bien enterado del nudo de esta espantosa tragedia; pero.... créame vd., ya es hora que se termine una farsa tan inhumana. Clara es una víctima desventurada, y nadie lo sabe mejor que vd.

—Yo juro....

—Señor mío, ya son inútiles sus juramentos. Repito á vd. que he visto á miss Clara, que he hablado con ella, y que está bien distante de haber perdido el juicio como vds. pretenden.

—Repáre vd., caballero....

—Poco á poco; si después que vd. me haya oído cree que le haya hecho alguna ofensa, estaré pronto á darle satisfacción del modo que vd. la exija.

Al oír estas palabras el señor P... se puso mas pálido que la muerte, y replicó:

—Ante todas cosas debo decirle que yo no admito desafíos; mi profesión es la de curar y no la de matar.

—Eso quiere decir que vd. es tan cobarde como malvado; ya yo me lo había figurado; pero volvamos al objeto de mi visita.

—Hable vd., caballero, hable vd., dijo el doctor temblando de cólera.

—Está bien, hablaré. Dos hombres generosos, que por casualidad llegaron á saber que Clara Osborn era víctima de la villanía de dos perversos, se han puesto de acuerdo para salvarla; uno de estos soy yo. El acto de citación ha sido ya presentado al tribunal competente. Mañana se verá por magistrados incorruptibles la causa de la inocencia y del infortunio, y los perseguidores serán abandonados al vituperio y á la infamia.

—¿Y qué tengo yo que ver con esto? exclamó el señor P... levantándose impetuosamente de la silla. ¿Qué objeto llevan estas amenazas? En una palabra, ¿qué exige vd. de mí?

Le presentó entonces con la mayor serenidad la fórmula de un certificado que yo había compuesto para este caso.

El señor P... la recorrió rápidamente y me dijo con ira é indignación:

—Señor mío, jamás firmaré ese documento; salga vd. de aquí al instante, ó si no.... me verá precisado á llamar á mis criados.

—No hará vd. tal, le repliqué con mucha calma, sacando en el entretanto del bolsillo una pistola que puse sobre la mesa.

El señor P... se atemorizó, y sucedió un silencio de algunos minutos. Finalmente, tomó un poco de aliento y dirigiéndome una mirada llena de furia, me dijo con voz medio ahogada:

—¿Qué es lo que debo firmar?...

—Yo se lo dictaré á vd. Escriba vd.... «Certifico que miss Clara....

—Adelante, adelante.

—«Que miss Clara está ya perfectamente curada, habiendo cesado en ella todos los síntomas de locura, en fuerza de los cuales otorgué anteriormente un documento que la declaraba sujeta á tal enfermedad.» Vea vd. si soy generoso que he hecho todo lo posible para disfrazar la bajeza de su conducta.

—¿Y es esto todo lo que vd. desea? dijo el doctor haciendo rechinar los dientes de coraje.

—Todavía falta algo: «Certifico asimismo que miss Clara está en aptitud de administrar por sí

sola todos sus bienes, y de gozar de toda su libertad.» Ahora.... firme vd.

El señor P... titubeó por un momento, pero firmó por último, y me entregó el escrito dirigiéndome una terrible mirada, y diciéndome:

—Guárdese vd., señor mío, de poner jamás sus pies en esta casa.

Como yo había tomado oportunamente todas las medidas para que esta vez no quedase sacrificada la inocencia á las intrigas de los poderosos, esperé con ánimo tranquilo la llegada del día siguiente, que era el destinado para la sustanciación de esta causa tan ruidosa.

Ya desde muy temprano estaba llena de gentes la sala de las sesiones. Ningun abogado se acordaba de haber visto una reunión tan numerosa y escogida en el templo de la justicia. Como se trataba de la vida ó de la muerte, de la esclavitud ó de la libertad de una de las señoritas mas ilustres de Inglaterra, había esta causa escitado el mayor interés, y llamado sobremanera la pública atención.

Era el día 4 de febrero de 1833 el que iba á decidir un pleito de tanta importancia, y cuyo resultado no podía ser dudoso si se atendía á la pública indignación que había escitado la atroz conducta del villano tío y tutor de la joven inglesa.

(Se concluirá.)

MISCELANEA.

ESPRESION DE MOLIERE.—La tierra cubre los crímenes de los médicos; estos dicen siempre: «Nosotros no hemos podido hacer mas;» y la falta siempre es del que muere. En una palabra, dice Moliere, lo bueno de esta profesión es que hay entre todos los muertos una honradez, y una discreción la mayor del mundo, pues no se les ha visto jamás quejar del médico que les ha matado.

EL GOBERNADOR DE INDIAS.—Proponiéndole á un gobernador de Indias muy gracioso y discreto que sería conveniente permitir en la ciudad de su mando el tener una casa de mugeres públicas, respondió:

—¿Pues no será mejor, señores, que cerquemos el lugar?

EL RICO Y EL POBRE.—Tenían contiguas las casas un hombre muy rico y otro muy pobre; amenazaba ruina la pared maestra que las promediaba, cuyo reparo, según la ley, debían costearle ambos. El rico instaba al cumplimiento haciendo al pobre amenazas de justicia; éste se resistía, y oprimido por no ser bastantes las razones que esponsorias fundadas en su escasez, trajo cantidad de leña á su puerta, y pasando el vecino, le dijo:

—Yo soy dueño en todo fuero de mi casa, y puedo hacer lo que quisiere en ella; he resuelto quemarla, y cumplo con avisar á vd. para que aparte la suya.

El rico, espantado y temiendo el despecho del pobre, convino en hacer por sí el gasto, y logró á fuerza de súplicas que desistiese el vecino de su intento.

EL PELUQUERO CHASQUEADO.—Estándose peinando un joven, dijo á su peluquero:

—¿Teneis hierros de dar fuego?

—Sí señor, aquí los traigo, respondió; y soltándole una pluma le dice: á ver, ponedle á ese papillotes, y hacedle un par de rizos.

LOS GUANTES.—Fué una señorita á una tienda, y pidió la sacasen guantes: se estuvo manoseando un paquete de ellos, y por último halló unos que la gustaron.

—Estos son buenos, esclama, ¡qué bonito color! A ver, traiga vd. un espejo para ver si me están bien.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.